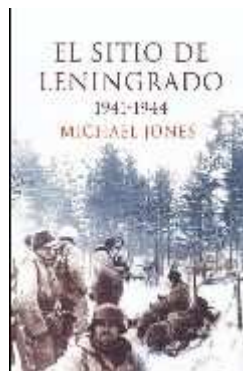


El sitio de Leningrado (1941-1944)

Michael Jones, Barcelona, Crítica, 2008

La Unión Soviética padeció a la vez tres de los peores mitos del nazismo: la superioridad racial de los alemanes frente a los pueblos del Este, la lucha por el espacio vital y el anticomunismo. Por ello, la guerra contra Rusia fue de una crueldad extrema.



La invasión hitleriana de la URSS fue una guerra total por la conquista de su territorio, de rapiña de sus riquezas y de exterminio de grupos enteros de la población, especialmente de intelectuales, judíos, comunistas y de cualquier otro cuadro nativo (ingenieros, médicos, maestros, etc...) sobre los que pudiera sostenerse una hipotética resistencia de carácter nacional y la mera posibilidad de un futuro autónomo para la Unión Soviética.

El nazismo planteó contra la URSS una guerra salvaje en la que la destrucción total de las grandes ciudades al oeste de los Urales (Kiev, Minsk, Smolensk, Moscú, Leningrado y Stalingrado) y el aniquilamiento de la población civil formaban parte de un plan meticulosamente preparado para que no quedara en Rusia ningún vestigio del pasado ni ninguna esperanza de futuro. En este proyecto diabólico se trataba, por tanto, de rebajar a la condición de animalidad al pueblo ruso, al que la locura nazi consideraba, como al resto de los eslavos, infrahombres, para convertirlo en siervo en su propia tierra de los nuevos amos-colonos alemanes. El destino que tenía reservado el nazismo para Rusia era tan simple como aterrador: la esclavitud y la muerte.

Las tropas alemanas del 16 y del 18 Ejército y del 4º Grupo Panzer, con ayuda del ejército finlandés, iniciaron el cerco de Leningrado en septiembre de 1941. Los ejércitos invasores comenzaron rodeando la ciudad por el norte y por el sur. A continuación destruyeron sus almacenes de víveres, después cortaron los suministros de agua y energía, asesinaron a la población civil que pretendía huir de la ciudad (ancianos, mujeres y niños) y bombardearon diariamente, sin misericordia, todas sus infraestructuras y viviendas para reducir la ciudad a cenizas. La consigna de Hitler era clara: la segunda ciudad de la URSS y cuna de la Revolución de Octubre debía ser demolida y la población que no muriera por efecto de los bombardeos debía perecer de hambre, enfermedades y frío. Que no se hicieran prisioneros, que no se admitiera la rendición en caso de producirse y que no se permitiera escapar a nadie del cerco mortal eran las órdenes lacónicas y terribles del alto mando alemán. Contra Leningrado se aplicó una estrategia criminal de exterminio que en palabras de Hitler se resumía en lo siguiente: "En esta guerra no nos interesa preservar ni la menor parte de la población de esta gran ciudad." En fin, se trataba de colgar a Leningrado de un gancho carnicero y contemplar cómo se desangraba y moría lentamente. Por eso el cerco duró casi 900 días, hasta enero de 1944, incluso cuando Alemania ya había perdido la guerra.

A la estrategia asesina del ejército alemán se unió la improvisación y la falta de profesionalidad de los mandos militares soviéticos responsables de la defensa de Leningrado, más preocupados por seguir consignas ideológicas que por aplicar la ciencia militar a la guerra. Si Stalin no hubiera mandado asesinar a lo mejor de la oficialidad soviética durante las purgas de los años treinta (unos 40.000 efectivos) y si hubiera seguido los consejos de los oficiales ejecutados, especialmente los del jefe del distrito militar de Leningrado, el Mariscal Tujachevski, la invasión

alemana no habría sido tan rápida y las tropas enemigas jamás habrían podido llegar a Leningrado en el verano de 1941.

Durante el sitio de Leningrado las dos autoridades soviéticas supremas de la ciudad eran el mariscal Voroshilov y el jefe del partido Zsdanov, dos funcionarios mediocres y con las manos ensangrentadas por su contribución a los asesinatos masivos de la década de los treinta. La incapacidad militar y organizativa que demostraron así como el desprecio que sentían por sus propios soldados agravaron aún más la agonía de los habitantes de Leningrado.

En la obra de Michael Jones, basada en los diarios de algunos de los habitantes de Leningrado que sufrieron el asedio (especialmente los de Georgi Kniaziev, Lidia Ojapkina y Ryabinkin) así como en los testimonios de Vera Inber, Elena Skrabina, Elena Cochina y Lidia Ginzburg, destacan las vivencias personales, las terribles realidades de la vida cotidiana en una situación límite en la que acabó emergiendo lo peor y lo mejor del ser humano. Durante los 872 días de asedio convivieron actos de heroísmo grandioso con ejemplos de depravación e inhumanidad difíciles de concebir. Pero, al final, tras grandísimos sufrimientos la ciudad resistió al bloqueo inmisericorde porque siempre mantuvo un cordón umbilical de abastecimiento con el resto del territorio soviético. Aún hoy, muchos años después del asedio, sigue sin saberse con certeza cuántos habitantes murieron en uno de los episodios de la Segunda Guerra Mundial más crueles y sanguinarios que conocemos.

Quisiera terminar estos comentarios con una reflexión personal: la contribución franquista a las campañas militares de la Segunda Guerra Mundial (División Azul) fue sostener el asedio de una ciudad para que sus habitantes indefensos, incluidos ancianos, mujeres y niños, murieran como animales a manos del verdugo nazi; en cambio, lo que quedó del ejército republicano combatió al fascismo en las filas de los ejércitos aliados y liberó París del yugo hitleriano. Qué diferencia tan enorme entre la profunda miseria moral de los primeros y la generosidad de los segundos, que no hace sino reflejar que el franquismo fue pura barbarie y que los cuarenta años de dictadura fueron una enorme traición al pueblo español.

Emilio Alvarado Pérez